

truir hasta más arriba de las nubes el edificio fundamental de sus especulaciones; que pretende volar con supuestas alas, de eternidad a eternidad; y que al fin, con desengañada voz terrena termina por confesar que sólo sabe que nada sabe.

Pero, el alto espíritu filosófico de don Enrique Molina no se deja tentar por el ángel del orgullo. Sólo alguna vez su voz prudente se le escapa por sobre los abismos ilimitados; como sucede cuando en las páginas 51 y 52, al comentar y objetar las doctrinas de la telefinalidad de Lecomte de Noüy, enaltece con demasiado optimismo, a nuestro parecer, el concepto de libertad. ¿Qué es libertad? Don Enrique Molina no la define aquí, filosóficamente; la defiende nada más, con una convicción un tanto democrática... Libertad, creemos nosotros, modestamente, es como una bella ficción, de abstracto sentido infinito...; pero que en la realidad sólo puede concebirse dentro de ciertos límites y modos. Siempre habrá, en razón de la limitación del entendimiento, algún obstáculo que le diga: ¡alto! Por otra parte, no es “a la espléndida libertad creadora del espíritu del hombre”, a que debe sus posibilidades la humanidad, sino a la facultad creadora del espíritu...

El infatigable maestro y autor de *La herencia moral de la filosofía griega*, de *De lo espiritual en la vida humana*, de *Nietzsche dionisiaco y asceta*, y de tantos otros libros de socrática y cristiana doctrina, nos da en este nuevo volumen, si no una meta —que nadie puede darla ni ofrecerla— en las zonas intangibles del espíritu, un derrotero que nos puede llevar hacia las seguras moradas del alma.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At325-21DDGK10021>

“DON Y DOÑA”, novela, por *Waldo Urzúa Álvarez*. Nascimento, Santiago de Chile

Una a una, en los últimos años, han ido brotando de estas tierras de Chile, que las decían pobres de jugos y de cales, magníficas

novelas. Entre otras, "Gran Señor y Rajadiablos", "Frontera", y ahora, "Don y Doña". "Don y Doña", obra póstuma de un escritor que pasó por el mundo de las letras un poco inadvertido, y que, con ella, vuelve de pronto a nueva vida...

Antes de morir, había escrito Waldo Urzúa otra novela, "Un Hombre y un Río", de la que guardamos grata, pero vaga impresión, y la que ahora deberíamos releer. Esta, "Don y Doña", es una doña novela. Desde su comienzo, se nos manifiesta con la prestancia de su lenguaje: "La mulada de don Diego Ugarte atravesó el vado del Maipo a cosa de una media legua de su desembocadura en el mar. Fuertes ráfagas desordenaban el cielo. Aparecían jirones de nubes, dando tumbos o deslizándose vertiginosos; seguían vellones sucios, henchidos en tormenta; luego eran hojas monstruosas, siluetas de animales, bosquejos de figuras fantásticas, ingravidas, teñidas de azul, de blanco, de plomo, de rojo". Así, con ese tono, llega hasta el final, llena de colorido, de buen gusto y de equilibrio: "En la fuente de piedra y de argamasa, que adornaba el centro del patio, un hilo de agua se escurría cantando, monótono:

—Tac... tac... tac...

Al que respondía, desde un rincón, la gota de agua de la destiladora, más débil, más clara, más isócrona, cayendo dentro de la olla de greda:

—Tinc... tinc... tinc..."

Dentro de estos bellos elementos de expresión, está la trama dramática de la novela. Ante todo, la figura epónima del dueño de la hacienda de Cabimbao, don Diego Ugarte; un Don por antonomasia, a quien no empece en su opulencia, conquistada con duro trabajo y hombría, el oficio de conductor de una mulada, ni su origen modesto, para sentirse "un patrón", vale decir, un caballero. Un caballero, en toda la acepción de la palabra, a quien se le debe y quien lo impone, respeto y obediencia. Es lo clásico, en la época y en el medio. Tras la vigorosa figura de Don, en duplicado, pero con características netamente femeninas, viene a integrar el sentido de la novela, la

figura de Doña. Doña Dolores Ugarte, que no tiene, como lo tenía su marido, un ostentoso cúmulo de historias y proezas, cierto; pero sí acaso una más dramática personalidad.

Todas estas cualidades y condiciones, están pintadas en hechos vivos, naturales, por Waldo Urzúa; los que consecucionalmente parecen moverse por sí solos dentro del relato. Nada de hipérbolos y de artificios que pretendan darle falso valor a la realidad; nada de rebuscar los efectos ni de retorcer la técnica, en vanos esfuerzos de ponderación. Todo resulta, en la novela, como debe resultar: sencillo, equilibrado, verosímil; ajustado al ambiente y a los caracteres.

Puede que, de acuerdo a la índole de sus personajes, le falte un poco de profundidad, en sus cimientos, a esta gran novela; pero su construcción visible se alza sólida y armónica —como debió ser la vieja casona patronal de Cabimbao—; sostenida por esos dos pilares de noble fibra que son Don y Doña. Dos pilares labrados como en corazón de molle, por los duros filos de la vida. Junto a ellos, están los perfiles menores de los demás personajes; de entre los que alcanza mayor fuerza de expresión, el silencioso Malfiue.

Una gran novela del campo chileno, repetimos, esta novela del malogrado Waldo Urzúa; que honra no sólo a las letras chilenas, sino también a las hispanoamericanas.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



“DON ARTURO”, de *Luis Durand*

Cuando leímos, siendo adolescentes, “Amalia”, de José Mármol, adquirimos una imagen monstruosa de Rosas, el gobernante argentino, pero al mismo Rosas lo ve don Vicente Pérez Rosales, como un hombre sonrosado y afable, con facha de inglés. Y es que, indudablemente, el biógrafo o el novelador de personajes históricos, necesita, una perspectiva, esa distancia que esfuma el lenguaje de la pasión y permite contemplantar al hombre no sólo en el suceso de su apariencia, sino en la entraña misma de sus sentimientos. Y en dicha zona aflora casi